

Joaquín Álvarez Barrientos. *Ilustración y Neoclasicismo en las letras españolas*. Madrid, Síntesis, 2005

Aun cuando desde una perspectiva simplificadora, la tradicional periodización existente en nuestra historiografía literaria tienda a identificar un siglo con un movimiento o tendencia, una aproximación detenida a la propia realidad de esa centuria suele mostrar una más compleja realidad. Una buena prueba de ello lo constituye el presente estudio monográfico llevado a cabo por quien sin duda, hoy día es uno de los mejores especialistas en el siglo XVIII.

Frente a esa habitual y directa correspondencia entre la centuria dieciochesca, la Ilustración y el Neoclasicismo, Álvarez Barrientos muestra cómo el panorama de dicha época es mucho más complicado. De manera que si bien es cierto, es en el XVIII cuando se sitúa el inicio de lo que conocemos hoy como la Modernidad, en la propia España tal proceso de ruptura puede vislumbrarse ya en los finales del XVII.

Desde unos planteamientos metodológicos caracterizados por el rigor y la precisión propios de este investigador, Álvarez Barrientos aborda en primer lugar las bases mismas en que se fundamentará esta nueva época, refiriéndose a las distintas denominaciones que frente a otras, surgirán en estos mismos años. Hasta tal punto fue evidente la conciencia de ruptura con la época anterior, que el XVIII se pondría nombre a sí mismo. Deslinda a este respecto este crítico, conceptos básicos para calificar a este siglo, como *luces*, *ilustrado* o *progreso*, cotejando incluso su presencia con la de otros a la vez similares pero distintos, en diversos países europeos. Desde el mismo preámbulo pues, del presente estudio, el lector toma conciencia de la amplitud de miras con que esta época será analizada, dado que Álvarez Barrientos no se limita al estudio del XVIII español, sino que lo sitúa —como por otro lado para entenderlo, resultaba necesario—, en un más amplio contexto europeo. Una perspectiva ciertamente panorámica en la que también se tendrán en cuenta diversos contextos como el social o el político, necesarios asimismo, para poder entender a fondo la aparición, progreso y transformación de cualquier período —a tal respecto la *Cronología* incluida al final del estudio, resulta extremadamente útil.

Considerado y definido el complejo concepto de Ilustración como esa forma de pensamiento en constante evolución que corresponde a todo un programa europeo, y al Neoclasicismo como su expresión artística, el estudio aparece dividido en tres grandes apartados: 1. *La Ilustración, proyecto europeo*; 2. *La cultura de la Ilustración. La cultura española*. 3. *El Neoclasicismo*.

En el primer capítulo parte el crítico de la figura de Kant, como una de las que mejor expresará esos principios reformadores. En ese nuevo pensamiento que supone un cambio claro de mentalidad, aparecen así ideas básicas como la de la necesaria unificación europea proyectada en el surgir de una nueva conciencia cosmopolita que convivirá no obstante, con un pensamiento nacionalista. De tal forma que como puede constatarse en el presente acercamiento, la tradicional correspondencia entre los principios cosmopolitas ilustrados con el XVIII, y la ola de exaltación nacionalista identificada exclusivamente con el Romanticismo decimonónico, se viene abajo al analizar la compleja realidad histórica dieciochesca. En ella encontramos ya la tensión entre cosmopolitismo y nacionalismo que algunos hombres de este siglo como Cadalso, intentaron resolver en ese intento de conciliar lo positivo de fuera con lo de dentro.

Dada la innegable influencia que en el desarrollo de este nuevo pensamiento ilustrado desempeñará la política del momento, Álvarez Barrientos analiza las consecuencias de la instauración de la monarquía borbónica en España. A la búsqueda de la construcción de ese Estado moderno, pero siempre controladas desde arriba, comienzan a surgir muy diversas instituciones culturales. A este respecto Álvarez Barrientos analiza con detenimiento la situación española no sólo en lo concerniente a la aparición de esas grandes instituciones, sino también en lo que atañe a los fundamentos básicos en el desarrollo de la formación del individuo. Aborda así la compleja situación del sistema educativo, caracterizado por sus esenciales contradicciones, desde la escuela de primeras letras, pasando por la enseñanza secundaria y universitaria, esta última en una situación verdaderamente caótica. Asimismo presenta una completa visión de la creación de las Escuelas profesionales y de las Sociedades Económicas —espacios importantes de comunicación—, para revisar lo que supuso la creación de la Biblioteca Real y las reales academias cuya aparición sin duda prestigiaba a la nación, en esa búsqueda constante por ofrecer la imagen de una España civilizada.

El surgimiento de esta nueva forma de pensamiento opuesto al del régimen antiguo, dio por otro lado lugar a la aparición de los conocidos como *novatores*, defensores frente a los pensadores escolásticos, de la libertad de pensamiento. Una oposición entre estas dos formas de enfrentar el mundo que hay que situar en el viejo contexto de la pugna entre antiguos y modernos. Con los cambios introducidos en la manera de entender el conocimiento se destruirá así el principio de autoridad, en beneficio de la opinión; un debate que desde luego, se extiende por toda Europa. A tal respecto y dentro de España, destaca este crítico el papel y posición de Feijoo, una de las más brillantes figuras del panorama dieciochesco español.

Finalmente y como no podía ser menos, dentro de esa total renovación del pensamiento de la edad moderna, aparecerá el nombre de Newton cuyos *Prin-*

*cipios de filosofía natural* alcanzaron inmediata repercusión. Aceptar o no sus planteamientos supuso algo tan crucial como mantener opuestas posiciones ante el modo de entender la realidad. De manera que frente al viejo orden teológico de explicación del mundo, se alzaría ahora ese nuevo pensamiento científico que defiende el conocimiento racional a través de la observación y la experiencia.

Por último y dentro de este primer capítulo, recuerda Álvarez Barrientos otra gran corriente filosófica del momento, como el sensismo. Un pensamiento que defendía que el conocimiento sólo puede adquirirse por los sentidos. Los nombres de Locke y Hume destacan sin duda, como los más emblemáticos de tal corriente.

En el capítulo II Álvarez Barrientos parte asimismo de la amplitud y complejidad del concepto de cultura de la Ilustración. Considerando la ausencia de univocidad y uniformidad del pensamiento ilustrado, entenderá y analizará dentro de la cultura del mismo todos aquellos signos que de alguna forma impliquen cambio de mentalidad, desde ese nuevo sentido que adoptará la Historia, hasta las nuevas formas de comportamiento y relación que afectan particularmente al sexo femenino.

Si desde planteamientos tradicionales como los de Cotarelo o Menéndez Pelayo, se ha sostenido que en este siglo persisten dos únicas posturas enfrentadas ante la realidad, correspondiente a ilustrados y casticistas —y a tal respecto recuerda este crítico, tipos tan representativos de ambas como el petimetre y el majo—, de nuevo la realidad se presenta mucho más compleja. Como demuestra Álvarez Barrientos hubo intentos por alcanzar una posición intermedia que podría calificarse de ecléctica.

Desde la postura defendida por la Ilustración se erige la razón como ese instrumento crítico fundamental que debe ser usado en beneficio de todos, de manera que la felicidad que es una de sus metas básicas, debe ser alcanzada tanto en el ámbito personal como colectivo. Pero dado que no es suficiente con conocer la parte racional del hombre sino también la sensible, la Ilustración se presenta desde esta perspectiva más amplia, como la búsqueda equilibrada entre razón y sentimiento, con el fin de conseguir ese justo medio que hará posible que el hombre sea feliz —algo que indudablemente se vendrá abajo con el posterior Romanticismo, la cara desengañada de la Ilustración como bien precisa Álvarez Barrientos.

En este nuevo contexto surge así un nuevo modelo de conducta distinto del religioso tradicional y que considerando la finalidad útil de la literatura del momento, ésta debía reflejar. Para conseguirlo las historias aparecían ambientadas en la más cercana cotidianeidad reconocible para todos, y presentaban asuntos del momento. Algo que supondrá un giro fundamental en géneros como

el ensayo, y especialmente la novela y la comedia de costumbres. La búsqueda de ese hombre de bien y útil a la sociedad, se extenderá también a la cuestión femenina que como analiza con precisión este crítico, será enfocada desde muy diversas posturas. Y junto a la importancia que la mujer puede llegar a tener, en general las nuevas maneras de relacionarse entre ambos sexos experimentan grandes cambios, dentro de esa nueva sociabilidad que se desarrolla en esta época, especialmente presente en espacios como el café, tertulias, salones y academias, y por supuesto, el periódico.

Finalmente cabría destacar como especialmente interesante, el epígrafe dedicado en esta parte a la nueva manera de concebir la Historia —y que afecta de manera muy directa a la historiografía literaria—, así como los que se ocupan del libro y del lugar que desempeña en la cultura de la Ilustración, y del papel del escritor en la sociedad.

En la parte última de su estudio Álvarez Barrientos de nuevo aborda la complejidad del concepto de Neoclasicismo, el cual procedente de las artes —y también éstas como la arquitectura, pintura o música tienen cabida en este libro—, acabará aplicándose a la literatura.

Mediatizada por los intereses gubernamentales, la literatura debía ajustarse ahora a esos modelos clásicos que contribuyeran a acrecentar la imagen de una España cada vez más civilizada, frente a la tópica y negativa visión que se mantiene de la misma, desde fuera. El Neoclasicismo implica pues, la restauración de un modo clásico que como apunta este crítico va más allá de las fuentes primitivas como Aristóteles y Horacio —y recuerda al respecto la poética de Boileau—. En España sin duda la voz más destacada al respecto es la de Luzán quien marcará con su *Poética* el discurso neoclásico por excelencia. En el mismo destacan preceptos como los de *imitación*, *verosimilitud*, y en el ámbito teatral, las tres unidades. Especialmente relevante para el posterior desarrollo de la literatura será el cambio que experimente el concepto de imitación, ya que como se indicó, frente a la tradicional imitación universal, progresivamente irá surgiendo esa otra imitación particular que parte de la realidad más próxima y conocida —y en este contexto puede entenderse el éxito dentro del ámbito literario, de la forma epistolar.

Finalmente y desde la óptica neoclásica, sólo aquellas obras que reunían los preceptos requeridos se ajustaban a ese concepto de *buen gusto* capital en estos momentos, y que iba desde luego, más allá de lo específicamente literario, abarcando todos los aspectos de la experiencia humana.

Una vez más, no obstante, Álvarez Barrientos demuestra la imposibilidad de ajustar una época dentro de rígidos moldes establecidos, pues en estos mismos años la postura adversa al Neoclasicismo se extenderá, haciéndose especialmente

perceptible en el teatro. Por otro lado, la aproximación detenida a la literatura de esta centuria también desde una visión panorámica, revela claramente la dificultad de establecer tales compartimentos estancos. A tal respecto pone de manifiesto este crítico las confusiones por ejemplo, creadas en torno a Rousseau considerado casi estandarte del Romanticismo, pero que desarrollará otro discurso racional. Conceptos asociados además de forma general a la posterior tendencia romántica —vgr. lo sublime o el descubrimiento del *yo*—, aparecen aun en un marco de visión distinto, ya en el XVIII —y a tal respecto no puedo dejar de recordar los excelentes estudios de Carnero sobre esa otra *cara oscura* del Siglo de las Luces—. La oposición Clasicismo-Romanticismo revela por tanto en el análisis de la realidad histórica, una situación más compleja que la tradicionalmente mantenida en nuestras historiografías.

En este tercer capítulo analizará Álvarez Barrientos las manifestaciones literarias ya concretas del XVIII español, perceptibles en el desarrollo de los diferentes géneros. Además de los tradicionales de la poesía, el teatro o la novela, tienen cabida también aquí el ensayo, el costumbrismo y la literatura relacionada con los viajes, de tan grandes repercusiones entonces. En cada uno de los epígrafes va presentando los rasgos esenciales de cada género y sus diferentes especies, algunas verdaderamente distintas entre sí —vgr. teatro neoclásico vs. teatro popular—. Quienes conocemos los estudios de este autor sobre formas literarias del XVIII como el teatro y la novela, somos conscientes de los grandes problemas que ha debido acarrearle la síntesis llevada a cabo en tan pocas páginas. Por ejemplo, el término *romance* que tanta importancia tendrá en el panorama del relato extenso en el setecientos, y al que tanta atención dedicara este crítico en su excelente monografía sobre la novela, si apenas aparece citado en alguna ocasión. La visión general y globalizadora impuesta en el presente trabajo, justifica evidentemente tal tratamiento.

En definitiva y como concluye Álvarez Barrientos tras su minucioso recorrido por un siglo tan complejo, pese a su aparente fracaso manifestado de manera especial por esa contraréplica que supuso el Romanticismo, la Ilustración forjó una forma de pensamiento cuya proyección aun puede percibirse en nuestro tiempo. Que ello es así, creo que queda suficientemente justificado al lector de esta completa y rigurosa visión panorámica sobre un siglo cuyo interés y fascinación parece acrecentarse conforme se va conociendo mejor.

ANA L. BAQUERO ESCUDERO  
Universidad de Murcia